

Hegemonía e imperialismo en el sistema internacional	Título
Boron, Atilio A. - Autor/a;	Autor(es)
Nueva hegemonía mundial. Alternativas de cambio y movimientos sociales	En:
Buenos Aires	Lugar
CLACSO, Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales	Editorial/Editor
2004	Fecha
	Colección
movimientos sociales; política internacional; capitalismo; globalización; imperialismo; hegemonía mundial; actividad militar; Estados Unidos; Unión Europea; Japón;	Temas
Capítulo de Libro	Tipo de documento
http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/clacso/se/20100613084303/8boron1.pdf	URL
Reconocimiento-No comercial-Sin obras derivadas 2.0 Genérica http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.0/deed.es	Licencia

Segui buscando en la Red de Bibliotecas Virtuales de CLACSO

<http://biblioteca.clacso.edu.ar>

Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO)

Conselho Latino-americano de Ciências Sociais (CLACSO)

Latin American Council of Social Sciences (CLACSO)

www.clacso.edu.ar



Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales
Conselho Latino-americano de Ciências Sociais
Latin American Council of Social Sciences



Hegemonía e imperialismo en el sistema internacional*

Atilio A. Boron**

El tema que nos convoca

El objetivo central de esta conferencia era examinar la problemática de la nueva hegemonía mundial, las alternativas de cambio y los movimientos sociales. Sin temor a exagerar podríamos decir que en su compleja articulación estos asuntos identifican los desafíos fundamentales con que se enfrentan hoy los hombres y mujeres de nuestro tiempo que quieren construir un mundo mejor. Un otro mundo reclamado a lo ancho y a lo largo del planeta en los últimos años a partir de la clara conciencia de que el mundo actual es insoportable por su injusticia y su naturaleza predatoria. Ese mundo es el resultado de la civilización capitalista, que como el monstruo de las más espantosas alegorías, devora a sus hijos, agota sus recursos no renovables y destruye irreparablemente el medio ambiente que nuestra especie necesita para sobrevivir. Sumamente atinada parece la reflexión de William Shakespeare cuando le hacía decir a uno de sus personajes: “me quitas la vida si me quitas los medios por los cuales vivo”. La naturaleza predatoria del capitalismo, exacerbada en su fase actual, lo ha conducido precisamente a este punto, privar de sus medios de vida a las tres cuartas partes de la humanidad, y a la destrucción del medio ambiente que hizo posible la aparición y el sostenimiento de la vida humana en este planeta. Una civilización que en nombre de la eficiencia, la racionalidad y el progreso practica el más grande genocidio conocido en la historia de la humanidad. Cada año mueren a causa del hambre y enfermedades curables cuarenta millones de personas, la mayoría niños. Es decir, en un solo año el capitalismo liquida más de la mitad de las víctimas ocasionadas por la Segunda Guerra Mundial en seis años. Los grandes movimientos sociales que hoy cuestionan esta intolerable situación lo hacen desde la convicción de que ese otro mundo no sólo es posible sino también necesario y urgente. Trataré de exponer, en las páginas que siguen, una breve síntesis de las discusiones sostenidas en el marco de este evento. El énfasis será puesto tanto en las principales coincidencias como en los temas en disputa.

¿Una nueva fase?

Hay un consenso sumamente amplio en el sentido de que el sistema imperialista mundial ha entrado en una nueva fase de su evolución. Este tránsito no pasó desapercibido para sus voceros y representantes ideológicos, que se apresuraron a designar a esta nueva etapa con un nombre que subrayaba los rasgos más vistosos de su apariencia a la vez que ocultaba cuidadosamente su esencia más profunda: globalización. Los aspectos más evidentes abonaban la idea de una creciente globalización de los procesos productivos y del funcionamiento de los diversos mercados. No obstante, los alcances de este fenómeno fueron extraordinariamente exagerados y hoy las investigaciones disponibles ya demuestran que la tan mentada globalización –que los franceses correctamente denominan “mundialización” para aludir a los elementos volitivos, nada naturales, que la impulsan– es un fenómeno que adquiere diversa entidad según de qué se hable. Se globalizó el sistema financiero internacional, sin duda; pero no ocurrió lo mismo con el comercio de productos agrícolas y con una amplia franja del sector de servicios¹.

No tardaron los exégetas del neoliberalismo en anunciar que el advenimiento de la globalización ponía fin a la edad del imperialismo. Este era ahora reconocido cuando antes su sola existencia había sido negada empecinadamente, adjudicada a la febril imaginación de los críticos de izquierda siempre dispuestos a dar pie a su odio visceral contra el sistema con toda clase de denuncias e impugnaciones. Para la derecha la experiencia imperialista, ya concluida, se explicaba por una serie de factores ajenos al capitalismo. Entre ellos sobresalían el militarismo, el nacionalismo y el proteccionismo. Mostrando un olímpico desprecio por las enseñanzas de la historia aislaban estos factores de la realidad del desarrollo capitalista, como si no hubiera sido precisamente éste quien los engendrara, y re-editaban las polvorientas tesis del “dulce comercio” que pergeñaran los primeros ideólogos de la sociedad burguesa a lo largo del siglo dieciocho. Tesis que, en su esencia, sostenían que el desarrollo del comercio apacigua los espíritus y controla los “instintos belicosos” de los hombres. Si comercian, se

decía, no habrá guerras. Y pese al rotundo desmentido proporcionado por la historia (y por el presente) esa tesis reaparece en nuestro tiempo en la pluma de los teóricos de la globalización.

Los acelerados y profundos cambios experimentados desde las últimas décadas del siglo pasado generaron un gran desconcierto en el seno de los movimientos populares y la propia izquierda. Si los intelectuales orgánicos de la derecha se apresuraron a saludar las novedades como una radical ruptura con el oprobioso pasado imperialista, en el campo de la izquierda la confusión llegó a niveles insospechados cuando algunos de sus más respetados teóricos manifestaron, en coincidencia con sus supuestos adversarios, que el neoliberalismo global expresaba la superación histórica del imperialismo, y que estábamos frente a una nueva realidad de la política y la economía internacional que cabía denominar como “imperio”. Un imperio, claro, sin relaciones imperialistas de dominación. Imperio sin imperialismo, dicho en un retruécano cuyo efecto más importante fue producir el desarme ideológico de las fuerzas sociales contestatarias. Dado que hemos examinado in extenso esas tesis –sostenidas fundamentalmente pero no solamente por Michael Hardt y Antonio Negri– en otro lugar, no intentaremos refutarlas una vez más en este escrito².

Sin embargo, lo que se viene ratificando ya desde hace mucho tiempo y lo que surgió de una manera bastante clara en las discusiones de la Conferencia, es que la globalización podría ser mejor caracterizada no como la superación del imperialismo sino como una nueva fase dentro de la etapa imperialista del capitalismo. Tal vez deberíamos preguntarnos si no se trata de una nueva “fase superior”, para utilizar la celebrada expresión de Lenin, que plantea serios problemas de interpretación a la hora de identificar sus características fundamentales. En el discurso del neoliberalismo la globalización no es otra cosa que la ratificación de la inexorable “naturalidad” del capitalismo, exaltado como una especie de “orden natural del universo” y la estación final del movimiento histórico impuesto, finalmente, en toda la superficie del globo terrestre y que expresa la naturaleza egoísta y adquisitiva del género humano. Tal como lo ha señalado en varios de sus escritos Franz Hinkelammert, el corolario de este razonamiento es la deshumanización de quienes se oponen al dominio mundial del capital. Y así como los pueblos aborígenes de las Américas fueron masacrados sin remordimientos porque, al fin y al cabo, su propia condición de personas humanas les había sido negada porque sólo una bestia podía oponerse al avance de la “civilización”, las víctimas actuales y los opositores al capitalismo correrán la misma suerte. Ellos también constituyen una población excedente, inexplorable y superflua, que no es merecedora de ningún respeto y para la cual los derechos humanos constituyen una piadosa mentira. El genocidio prosigue su marcha impertérrito (Hinkelammert, 2002).

Así planteadas las cosas, la globalización tendría para los ideólogos del neoliberalismo implicaciones epistemológicas y políticas inequívocas. Con relación a las primeras, el “pensamiento único”, construido sobre las premisas de la economía neoclásica absolutamente capaz de descifrar el sentido y los rasgos definitorios de la nueva sociedad; y con respecto a las segundas, básicamente la consagración de las medidas aconsejadas por el recetario del Consenso de Washington como única política económica posible, y a la cual deben subordinarse todas las demás. De ahí que la problemática de lo social o lo político sean planteadas como meras cuestiones técnicas, al margen de cualquier postura ideológica. Es innecesario detenerse a refutar esta visión del mundo elaborada por los aparatos ideológicos del capital. Digamos, simplemente, que toda esta argumentación no resiste la evidencia que aportan la historia y la situación contemporánea. La interpretación que se desprende de las discusiones sostenidas muestra que, lejos de diluir al imperialismo en una especie de benévolo imperio, un imperio inocuo e inofensivo, la globalización ha producido, por el contrario, una radical acentuación de los rasgos tradicionales del imperialismo, potenciando extraordinariamente su naturaleza genocida y predatoria.

Los límites de la teorización clásica del imperialismo

Las bases de la confusión aludida más arriba son sintomáticas de las insuficiencias de la teorización tradicional del imperialismo frente a las transformaciones experimentadas por el modo de producción capitalista a lo largo del siglo XX. Como en su momento lo recordara el marxista indio Prabhat Patnaik en su breve ensayo aparecido en Monthly Review a comienzos

de la década de los noventa, el término 'imperialista' prácticamente había desaparecido de la prensa, la literatura y los discursos de socialistas y comunistas por igual (1990). Lo mismo ocurrió con la palabra "dependencia", paradójicamente en la época en que en nuestros países la dependencia externa llegaba a extremos humillantes. Quien pronunciaba estas palabras era rápidamente sindicado como un nostálgico incurable o como un fanático empeñado en cerrar los ojos ante las evidentes transformaciones que habían ocurrido en los últimos años. Ningún intelectual, político o dirigente "bienpensante" podía incurrir en tamaña aberración en el capitalismo neoliberal sin convertirse en el hazmerreír de la aldea global³. En todo caso, y dejando de lado esta cuestión, lo cierto es que el desvanecimiento de la problemática del imperialismo y su desaparición del horizonte de visibilidad de los pueblos era un síntoma de dos cosas. Por un lado, del irresistible ascenso del neoliberalismo como ideología de la globalización capitalista en las últimas dos décadas del siglo pasado; por el otro, síntoma de las notables transformaciones acaecidas a partir de la finalización de la Segunda Guerra Mundial, que ponían en cuestión algunas de las premisas mismas de las teorías clásicas del imperialismo formuladas en las dos primeras décadas del siglo por Hobson, Hilferding, Lenin, Bujarin y Rosa Luxemburgo, para no mencionar sino a sus principales figuras. Veamos esto último más detalladamente.

a) Para comenzar digamos que un dato decisivo de estas teorías era la estrecha asociación existente entre imperialismo y crisis del capitalismo en las economías metropolitanas. Aquél era visto, en lo esencial, como el mecanismo por el cual el capitalismo maduro resolvía transitoriamente las crisis generadas por el aumento en la composición orgánica del capital y la tendencia decreciente de la tasa de ganancia. El período que se inicia con posterioridad a la finalización de la Segunda Guerra Mundial, pone flagrantemente en crisis esa relación. En efecto, la "edad de oro" del capitalismo que transcurre entre 1948 y mediados de los años setenta es el período de auge más exitoso en la historia del capitalismo. Nunca un ciclo de prosperidad persistió a lo largo de casi tres décadas, con tasas de crecimiento económico tan elevadas y que beneficiaran a la casi totalidad de las economías capitalistas. Pero, contrariando los postulados de la teorización clásica, dicho período fue al mismo tiempo uno de los más agresivos desde el punto de vista de la expansión imperialista, especialmente norteamericana, por toda la faz de la tierra. La clásica conexión entre crisis capitalista y expansión imperialista quedaba de ese modo rota, sumiendo en la perplejidad a quienes aún se aferraban a las formulaciones clásicas del imperialismo. El capitalismo estaba en auge y el imperialismo se extendía cada vez con más fuerza. La teoría requería de una urgente revisión (Panitch y Gindin, 2003: 30-31).

b) Otra constatación que vino a agravar la confusión teórica en las filas de la izquierda fue la siguiente: en las formulaciones clásicas la carrera por la apropiación de las colonias y el reparto del mundo tenía un colofón ineluctable en la guerra inter-imperialista. La rivalidad económica tarde o temprano se traducía en rivalidad militar y conflictos armados. Ahí estaban los antecedentes proporcionados por las dos grandes guerras mundiales que conmovieron la primera mitad del siglo XX para ofrecer una comprobación irrefutable de la verdad de ese aserto. La novedad aportada a partir de la reconstrucción capitalista de la segunda posguerra fue que la exacerbada competencia económica entre los países metropolitanos jamás se tradujo en los últimos cincuenta años en un enfrentamiento armado entre los mismos. Le cabe a Kautsky el mérito de haber sido el primero en atisbar estas nuevas realidades, lo cual no quita que su tesis del "ultra-imperialismo" adolezca de graves defectos. Uno de ellos, tal vez el principal, es el de haber concluido que la coalición entre los monopolios imperialistas de las grandes potencias inauguraría una era de paz. Si el mentor ideológico de la Segunda Internacional pudo entrever con precisión esta tendencia hacia la convergencia inter-imperialista, su acendrado eurocentrismo le impidió anticipar que aquélla no traería una kantiana "paz perpetua". La guerra continuaría, sólo que ahora se concretaría en los escenarios del Tercer Mundo y se libraría en contra de los pueblos. En todo caso, y para resumir, esta nueva situación planteaba un serio desafío al saber convencional de las teorías clásicas sumiendo a la izquierda en una paralizante perplejidad.

c) Por último, otro asunto que puso en crisis las teorizaciones clásicas del imperialismo fue, en la fase actual de acelerada mundialización de la acumulación capitalista, la expansión sin precedentes del capitalismo a lo largo y a lo ancho del planeta. Si, tal como lo anotaran Marx y Engels en el Manifiesto Comunista, el capitalismo fue desde siempre un régimen social de

producción caracterizado por sus tendencias expansivas, tanto en la geografía física como en la social, las teorizaciones clásicas del imperialismo tenían un supuesto que en nuestro tiempo es insostenible: la existencia de vastas regiones periféricas (o regiones “agrarias”, como solía decirse en esa época) en las cuales el capitalismo fuese prácticamente desconocido. Como bien acota Ellen Meiksins Wood, las teorías clásicas del imperialismo “asumen, por definición, la existencia de un ambiente ‘no capitalista’ como condición de su propia existencia” (2003: 127). En otras palabras, el capitalismo metropolitano requería la presencia de un mundo precapitalista agrario, primitivo, periférico que le suministrara el oxígeno necesario para sobrevivir a las duras condiciones impuestas por la crisis en las metrópolis. De ahí la violenta lucha por el reparto del mundo y las interminables guerras de anexión colonial. Sin embargo, nuestro tiempo es testigo de la acelerada mundialización del capitalismo, sobre todo a partir de la caída del Muro de Berlín, la implosión de la ex Unión Soviética y, casi simultáneamente, la apertura de China a las fuerzas del mercado, todo lo cual supone la constitución de un espacio mundial, global podríamos decir, en donde el predominio del capitalismo es incontestable. Pese a la práctica subsunción de las antiguas “regiones agrarias” a la lógica del capital el imperialismo prosigue su marcha y, si bien con muchos problemas, sobrevive a sus propias crisis. Como bien lo señalara Perry Anderson, cuando parecía que en la década de los setenta y comienzos de los ochenta éste se enfrentaba a su más grave crisis desde los tiempos de la Gran Depresión, el derrumbe de la Unión Soviética y la apertura de China aportaron nuevos aires a la reproducción capitalista (Anderson, 2003).

Respuestas ante los nuevos desafíos

Ahora bien, la trascendencia de estos cambios –que por cierto no son los únicos aunque sí los más importantes– ha dado lugar a tres distintas actitudes. Están, por una parte, quienes en la izquierda dogmática se niegan a aceptar su entidad e importancia, aduciendo que sólo se trata de transformaciones superficiales que carecen de importancia. Nada ha cambiado y por lo tanto nada hay que cambiar. El “esencialismo” impide construir políticas porque es incapaz de establecer las diferencias: es lo mismo el capitalismo escandinavo que los gobiernos capitalistas de América Latina. Como el capitalismo sigue siendo capitalista, el imperialismo es el mismo. Sus cambios son meramente superficiales. La teoría se mantiene incólume y nada hay que modificar, porque nada ha cambiado.

Están, luego, quienes a partir del reconocimiento de tales cambios pasan a sostener tesis situadas en las antípodas de las que habían tradicionalmente favorecido. En algunos casos, como en la obra de Ernesto Laclau y Chantal Mouffe, para reconocer –implícita y vergonzantemente– el triunfo final del capitalismo y consolarse con una propuesta de “radicalización democrática” que, en los hechos tanto como en la teoría, se limita a dulcificar las aristas más irritantes de la dominación burguesa sin proponer su abolición (Boron, 2002). En lo relativo al tema que estamos tratando, quienes adoptan esta actitud derrotista anuncian “el fin de la era imperialista” y el advenimiento de una nueva forma de organización internacional, “el imperio”, que supuestamente se habría liberado de las taras de su predecesor. El locus classicus de esta postura es, por supuesto, el libro de Michael Hardt y Antonio Negri, *Imperio* (2000), al cual nos hemos referido más arriba (Boron, 2002).

Estamos, por último, quienes reconociendo la enorme importancia de los cambios aludidos insistimos en que el imperialismo no se ha transformado en su contrario, ni se ha diluido en un vaporoso “sistema internacional” o en las vaguedades de un “nuevo régimen global de dominación”. Se ha transformado, pero sigue siendo imperialista. Así como los años no convierten al joven Adam Smith en el viejo Karl Marx, ni la identidad de un sujeto se esfuma por el solo paso del tiempo, las mutaciones experimentadas por el imperialismo ni remotamente dieron lugar a la construcción de una economía internacional no-imperialista⁴. Es innegable que existe una continuidad fundamental entre la supuestamente “nueva” lógica global del imperio –sus actores fundamentales, sus instituciones, normas, reglas y procedimientos– y la que existía en la fase presuntamente difunta del imperialismo. Más allá de ciertas modificaciones en su morfología, los actores estratégicos de ambos períodos son los mismos: los grandes monopolios de alcance transnacional y base nacional y los gobiernos de los países metropolitanos; las instituciones que ordenan los flujos económicos y políticos internacionales siguen siendo las que signaron ominosamente la fase imperialista que algunos ya dan por

terminada, como el Fondo Monetario Internacional (FMI), el Banco Mundial (BM), la Organización Mundial del Comercio (OMC) y otras por el estilo; y las reglas del juego del sistema internacional son las que dictan principalmente Estados Unidos y el neoliberalismo global, impuestas coercitivamente durante el apogeo de la contrarrevolución neoliberal de los ochenta y comienzos de los noventa a través de una combinación de presiones, “condicionalidades” y manipulaciones de todo tipo. Por su diseño, propósito y funciones estas reglas del juego no hacen otra cosa que reproducir y perpetuar la vieja estructura imperialista de que, como se diría en el Gatopardo, “algo tiene que cambiar para que todo siga como está”. Parafraseando a Lenin podríamos decir que el imperio imaginado por Hardt y Negri, o por los teóricos de la globalización, es la “etapa superior” del imperialismo y nada más. Su lógica de funcionamiento es la misma, como iguales son la ideología que justifica su existencia, los actores que la dinamizan y los injustos resultados que revelan la pertinaz persistencia de las relaciones de opresión y explotación.

Pero tal como decíamos más arriba, un modo de producción tan dinámico como el capitalismo –“que se revoluciona incesantemente a sí mismo,” como recuerdan Marx y Engels en El Manifiesto Comunista– y una estructura tan cambiante como la del imperialismo –su estructura, su lógica de funcionamiento, sus consecuencias y sus contradicciones– no se pueden comprender en su cabalidad mediante una relectura talmúdica de los textos clásicos. Es obvio que el imperialismo de hoy no es el mismo de antes. La “diplomacia de las cañoneras” de Theodore Roosevelt es hoy sustituida por un arma mucho más letal: el ejército de economistas y “expertos” del FMI, el BM y la OMC. El endeudamiento externo y las condiciones de la banca multilateral controlada por el imperialismo son instrumentos de dominación mucho más eficaces que los empleados en el pasado. Los ejércitos de ocupación son necesarios en circunstancias muy puntuales –como en Irak, por ejemplo– pero la rutina de la opresión imperialista puede prescindir de ellos en el día a día. Gobiernos dóciles, medios de comunicación controlados por los monopolios y convertidos en simples usinas propagandísticas, sociedades civiles desmovilizadas y desmoralizadas, y políticos corruptos son mucho más útiles que los pelotones de marines o los helicópteros Apache. Si en el pasado para imponer las políticas del imperialismo se requería de golpes de estado y dictaduras militares, en la América Latina de hoy esa tarea la hacen gobiernos “democráticos” surgidos del voto popular y que hicieron un culto de la traición y la mendacidad. Por último, la ocupación territorial se ha vuelto redundante toda vez que mediante los procesos de apertura comercial, privatizaciones y desregulación las economías sometidas al imperialismo son más dependientes que nunca sin necesidad de disparar un solo tiro o desplazar un solo soldado.

Es por eso que decíamos que el imperialismo ha cambiado, y en algunos aspectos el cambio ha sido muy importante. Pero nunca será demasiado el insistir en que, pese a todo, no se ha transformado en su contrario, como nos propone la mistificación neoliberal, dando lugar a una economía “global” donde todas las naciones son “interdependientes”. Sigue existiendo y oprimiendo a pueblos y naciones, y sembrando a su paso dolor, destrucción y muerte. Pese a los cambios conserva su identidad y estructura, y sigue desempeñando su función histórica en la lógica de la acumulación mundial del capital. Sus mutaciones, su volátil y peligrosa mezcla de persistencia e innovación, requieren la construcción de un nuevo abordaje que nos permita captar su naturaleza actual. No es éste el lugar para proceder a un examen de las diversas teorías sobre el imperialismo. Digamos, a guisa de resumen, que más allá de las transformaciones señaladas más arriba los atributos fundamentales del mismo señalados por los autores clásicos en tiempos de la Primera Guerra Mundial siguen vigentes toda vez que el imperialismo no es un rasgo accesorio ni una política perseguida por algunos estados sino una nueva etapa en el desarrollo del capitalismo. Esta etapa está signada, hoy con mayor contundencia que en el pasado, por la concentración del capital, el abrumador predominio de los monopolios, el acrecentado papel del capital financiero, la exportación de capitales y el reparto del mundo en distintas “esferas de influencia”. La aceleración del proceso de mundialización acontecida en el último cuarto de siglo, lejos de atenuar o disolver las estructuras imperialistas de la economía mundial, no hizo sino potenciar extraordinariamente las asimetrías estructurales que definen la inserción de los distintos países en ella. Mientras un puñado de naciones del capitalismo desarrollado reforzó su capacidad para controlar, al menos parcialmente, los procesos productivos a escala mundial, la financiarización de la economía internacional y la creciente circulación de mercancías y servicios, la enorme mayoría de los países vio profundizar su dependencia externa y ensanchar hasta niveles escandalosos el hiato

que los separaba de las metrópolis. La globalización, en suma, consolidó la dominación imperialista y profundizó la sumisión de los capitalismos periféricos, cada vez más incapaces de ejercer un mínimo de control sobre sus procesos económicos domésticos. Esta continuidad de los parámetros fundamentales del imperialismo mal se puede disimular con un cambio de nombre, llamando “imperio” a lo que antes era imperialismo.

Caracterización de la nueva fase: ¿superpotencia solitaria o tríada imperial?

Ahora bien: ¿cómo caracterizar esta nueva fase del imperialismo? Recordemos lo que ha sido sugerido en algunas de las presentaciones que han tenido lugar en este mismo podio y muy especialmente las contribuciones de Samir Amin, Noam Chomsky y Perry Anderson recogidas en este libro. En primer lugar, lo que queda claro es que se ha producido una centralización muy pronunciada de la estructura mundial del imperialismo, cuyo centro de gravedad se ha desplazado marcadamente hacia Estados Unidos. Esta es una conclusión que, como es sabido, es muy controversial. Desde esta misma tribuna Samir Amin planteaba la tesis de un “imperialismo colectivo”, la idea de una tríada imperial. Ésta no ignora la tendencia ya señalada pero disminuye fuertemente, según nuestro entender, la centralidad que detenta Norteamérica en el sostenimiento y reproducción del sistema imperialista a nivel mundial. En todo caso conviene aclarar que este es uno de los grandes temas de debate; un debate que, por supuesto, aún no está saldado. Lo que nos parece en función de lo que aquí se ha discutido es que la tríada imperial –Estados Unidos, Japón y la Unión Europea– es tal apenas en apariencia. Dicho de otra manera: es una tríada en ciertos aspectos pero no en otros. ¿Cuáles serían los aspectos en que esta tríada se diluye y da lugar a la “superpotencia solitaria”? ¿Cuáles aquellos en los que la dominación imperialista se constituye como una empresa colectiva?

Parece una evidencia irrefutable que en el plano militar no existe la tríada. En la última presentación del panel sobre “Guerra y Comercio en el Imperio”, el economista cubano Orlando Martínez y la maestra Ana Esther Ceceña, de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), presentaron datos abrumadores relativos a la extraordinaria centralización del poder militar en manos de Estados Unidos, sin precedentes en la historia⁵. De manera que hablar de tríada en este asunto no tiene mucho sentido. Desde el punto de vista militar, la Unión Europea y Japón apenas son pequeños satélites de Estados Unidos, que no tienen ninguna condición de actuar con autonomía de las directivas emanadas desde Washington. La Unión Europea no ha podido, en décadas, levantar la bandera por primera vez izada por Charles de Gaulle en pos de una política común de defensa. Su mezquindad economicista se revela en la distancia que separa el ardor con que los dirigentes de Bruselas defienden la política agrícola común de la indecorosa pusilanimidad con que abordan los temas relativos a la defensa común europea.

En la actualidad Estados Unidos es responsable de la mitad del gasto mundial en armamentos, y mantiene bases y misiones de entrenamiento militar en 121 países del planeta, cosa absolutamente inédita en la historia de la humanidad. Dicho país se ha convertido, sin ninguna duda, en ese gendarme solitario del cual habla en un artículo muy importante, escrito hace ya unos años, uno de los grandes teóricos de la derecha norteamericana: el profesor Samuel Huntington. En el terreno militar no hay tal tríada, ni hay un imperialismo colectivo. Lo único que hay es el poder casi omnímodo de Estados Unidos y un discurso de dominación mundial por la fuerza que, como lo recordaba Noam Chomsky en su conferencia, sólo tiene un precedente en el siglo XX: Adolf Hitler.

La tendencia centralizadora ya señalada también es perceptible, si bien de forma más atenuada, en el terreno económico. Los datos disponibles hablan de una elevada concentración de la riqueza, la tecnología y los mercados en beneficio de las grandes empresas transnacionales de Estados Unidos. Transnacionales, es preciso aclarar, por el alcance de sus operaciones más no por la naturaleza de su régimen de propiedad: son empresas norteamericanas, así como hay otras empresas francesas, alemanas o japonesas pero que tienen un alcance global. Según un estudio que ha producido el Financial Times hace poco más de un año, el cuarenta y ocho por ciento de las quinientas empresas transnacionales más grandes tienen su base y están radicadas en Estados Unidos. Y si en lugar de enfocar la atención sobre las quinientas mayores posamos la vista sobre la super-élite conformada por las

cincuenta mayores empresas del mundo, el setenta por ciento, o sea treinta y cinco empresas, son de origen norteamericano. Y esto se repite cuando se observa la proporción formada por las empresas norteamericanas en diferentes ramas de la producción industrial, o de los servicios. En el terreno de la informática, de las diez más grandes empresas informáticas mundiales, siete son norteamericanas. Y si hablamos de la producción de “software”, de las diez primeras, nueve son de ese país; y en la industria farmacéutica seis de las diez mayores son norteamericanas. Es decir: el imperialismo tiene evidentemente un centro de gravedad que se localiza en el territorio norteamericano.

Este es otro rasgo que se ha acentuado en esta fase actual: el primero era la cuestión militar; el segundo, que acabamos de ver, la concentración económica. Hay un tercero, y es la creciente tiranía de los mercados financieros, cuyo dinamismo e implacable voracidad son en gran medida responsables de las tendencias recesivas que prevalecen en la economía mundial. El noventa y cinco por ciento de todo el capital que circula diariamente en el sistema financiero internacional, equivalente a una cifra superior al producto bruto combinado de México, Brasil y Argentina, es puramente especulativo. Son movimientos de capitales depositados a un plazo no superior a los siete días; es decir, un período absolutamente incompatible con la posibilidad de invertir esos capitales en un proceso productivo que genere crecimiento económico y bienestar social.

Es precisamente por esto que la profesora Susan Strange designó a este sistema con un nombre muy apropiado: “capitalismo de casino”. Este capitalismo parasitario y rentístico genera altísimas tasas de ganancia a favor de su carácter puramente especulativo y riesgos empresariales enormes, porque así como se gana muchísimo dinero en una operación financiera que insume apenas unos minutos lo mismo se puede perder una fortuna de la noche a la mañana. Este capitalismo desalienta la inversión en los sectores productivos, porque aún los capitalistas más propensos a invertir en la producción de bienes difícilmente resisten a la tentación de colocar una parte creciente de su stock de capital en operaciones especulativas de corto plazo que, si son exitosas, les garantizan tasas de rentabilidad impensables en el sector industrial. Esto genera por lo tanto desinversión en el sector productivo, recesión económica prolongada, altas tasas de desempleo (pues para esas operaciones especulativas no hace falta contratar demasiados trabajadores, ni construir fábricas o sembrar campos), empobrecimiento generalizado de la población, crisis fiscal (porque es un mecanismo de acumulación mediante el cual se pueden evadir los controles de capitales, debilitando las bases financieras de los estados) y todo esto, a su vez, tiene un impacto muy negativo sobre el medioambiente y, ni falta hace decirlo, sobre el crecimiento económico. Huelga decir que el centro de todo este sistema se encuentra en Estados Unidos. No sólo el centro; también su principal operador político en el terreno internacional, la Casa Blanca, a través del control que la Reserva Federal y Wall Street ejercen sobre los mercados financieros internacionales y sobre las mal llamadas instituciones financieras multilaterales, como el FMI, el BM y la OMC, de hecho simples agencias del gobierno norteamericano.

Una de las consecuencias de todo lo anterior ha sido la militarización del sistema internacional y una creciente tendencia a recurrir a la violencia para preservar un orden mundial —en realidad, un escandaloso desorden— cada vez más injusto e inequitativo. Otra consecuencia: la crisis del sistema de las Naciones Unidas y del derecho internacional. Lo hemos escuchado en varias presentaciones, particularmente las que hicieron Noam Chomsky y Perry Anderson. Lo podemos observar, además, mirando día a día la escena internacional y el triste papel que desempeña las Naciones Unidas en esta crisis. Lo vemos, también, cuando se comprueba el acelerado desmantelamiento de los sistemas multilaterales de negociación y el debilitamiento del derecho internacional. La prueba más evidente fue la invasión y el arrasamiento de Irak sin la autorización ni la venia de las Naciones Unidas. Otra de las consecuencias: la criminalización de la protesta social, en donde las figuras del pobre, el desempleado, los “sin-techo” o “sin-papeles” y, en general, de los condenados por el sistema, son satanizadas y convertidas en figuras siniestras y deshumanizadas. De ese modo, las víctimas del capitalismo, los condenados a la exclusión y al lento genocidio se convierten en delincuentes, narcotraficantes o en terroristas. Gracias a la alquimia de la globalización neoliberal las víctimas devienen en victimarios. Otra de las consecuencias que se verifica tanto en los países del centro como en los de la periferia del sistema capitalista internacional es el aparentemente irrefrenable vaciamiento de los regímenes democráticos. Democracias que son cada vez

menos democráticas, que tienen cada vez menos legitimidad popular, que fomentan la apatía y el desinterés por la cosa pública. La política se ha convertido en algo que transita por los mercados y que depende de su tiranía; la calle y la plaza, privados de su dinamismo, son apenas nostálgicos recuerdos del pasado; los comicios degeneraron en un penoso simulacro carente de significación y eficacia transformadora. Los ejemplos sobran por doquier, como se puede comprobar leyendo las diferentes intervenciones recogidas en este libro6.

Todos estos antecedentes demuestran que, efectivamente, la morfología del sistema imperialista internacional ha sufrido importantes modificaciones. No obstante, ellas no cambiaron la esencia del sistema. La globalización no acabó con el imperialismo ni ha hecho que éste se convierta en su contrario. Lo que sí hizo fue acentuar los rasgos que tradicionalmente caracterizaban a esa fase del capitalismo, a partir de la profundización de la injusticia y de la inequidad tanto dentro de las naciones como en el sistema internacional. Siguen en pie los mecanismos tradicionales del imperialismo: la exacción de los recursos naturales y la riqueza; la succión de los excedentes de la periferia hacia los centros metropolitanos; el papel del capitalismo financiero, que como decíamos más arriba se ha acentuado extraordinariamente; la concentración monopólica que llega a niveles sin precedentes; el marco normativo que sigue siendo el neoliberalismo en su versión más globalizada; y sobre todo persisten todavía aquellas instituciones que en el pasado, cuando se decía que el imperialismo estaba en su apogeo viabilizaban la férrea dictadura del capital sobre los pueblos y los países de la periferia. Nos referimos una vez más fundamentalmente al FMI, al BM, al Banco Interamericano de Desarrollo (BID) y a la OMC, instituciones que lejos de representar a la comunidad internacional son los dóciles instrumentos de las clases dominantes a nivel mundial y sobre todo del imperialismo norteamericano.

Asuntos pendientes

Quedan, sin embargo, muchas cuestiones pendientes a la hora de obtener un diagnóstico adecuado y suficiente del imperialismo de nuestros días. Actualmente, una de las más importantes es la correcta identificación de la situación del centro imperial. Hay un debate que viene de hace tiempo, que ya se materializó en los tres foros sociales mundiales de Porto Alegre y que apareció también en la reunión en La Habana: es la controversia sobre la realidad actual y el futuro económico, político y militar de Estados Unidos. Las posiciones oscilan en torno a dos polos: hay quienes aseguran que, luego de la crisis de los años setenta, estamos en presencia de una recomposición de la hegemonía norteamericana en el terreno militar, económico, político y social; y están quienes, por el contrario, adhieren a una tesis que postula el debilitamiento de Estados Unidos en la arena mundial. El país del Norte habría pasado su cenit y se enfrenta ahora a su inexorable ocaso. Se trata de un debate que no está saldado y que en el futuro tendremos que seguir abordando en toda su complejidad porque no es para nada una cuestión menor.

Los partidarios de esta segunda visión, que en su formulación más general no compartimos pero que conviene examinar en todos sus detalles, sostienen que Estados Unidos ha iniciado una lenta pero irremediable decadencia, y que a raíz de esto el centro de gravedad de la economía mundial se está desplazando de manera irreversible hacia el Sudeste asiático. La consecuencia de esta mutación es que el imperialismo que hoy conocemos seguramente no sobrevivirá en el futuro. Hay muchos trabajos que apuntan en esa dirección. El más reciente y enjundioso en su argumentación es un libro del profesor André Gunder Frank cuyo título –Re-Orient– precisamente indica volver al Oriente porque es allí donde supuestamente estuvo – hace varios siglos– y estará (en un futuro relativamente cercano) el centro de la economía mundial del capitalismo. De verificarse esta tendencia Estados Unidos dejaría de jugar el papel decisivo que hoy desempeña en el sistema internacional. No nos convence este planteo ya que subestima el papel irremplazable, que por lo menos en un futuro previsible, tiene y seguirá detentando Estados Unidos como custodio final y reaseguro coercitivo del sistema imperialista. Además, nos parece que una tesis como esa –al igual que otras similares, que plantean el carácter inexpugnable e invencible del imperio– podría llegar a tener graves consecuencias desmovilizadoras sobre todo para nosotros en América Latina y el Caribe. No obstante, es muy importante discutirla. El curso futuro de Estados Unidos y su papel en la preservación del orden

imperialista es una cuestión central para nuestros pueblos y, por eso, se trata de un tema sobre el cual nunca se estudiará demasiado⁷.

La otra cuestión es la siguiente: ¿cómo refinar el análisis del imperialismo en la coyuntura actual? Creo firmemente que éste es un punto muy importante, tanto en el terreno de la teoría como en el de la lucha práctica. Es preciso evitar caer en visiones del imperialismo que lo transformen en un fenómeno omnisciente, omnipresente y omnipotente. Si una tal visión se afirma en las filas de sus críticos y se coagula en la conciencia pública la consecuencia lógica es irrefutable: el imperialismo es invencible, imbatible, inexpugnable y, por lo tanto, no tiene sentido siquiera intentar luchar en contra de él. Creemos importante señalar que la geometría del imperialismo es muy compleja y que no se puede reducir a una sola dimensión. Parafraseando una imagen planteada en un artículo reciente por Joseph Nye, uno podría decir que el imperialismo dispone de sus efectivos en tres niveles, como en tres tableros de ajedrez diferentes (2003). Un primer tablero es el militar, en donde como se vio más arriba, la supremacía de Estados Unidos es absoluta.

Claro que aquí conviene introducir una nota de cautela porque, ¿qué significa una supremacía militar absoluta? ¿Quiere decir que puede triunfar inexorablemente en todas las guerras? Pero, ¿qué significa “triunfar?” ¿Cuál es la lección que puede extraerse de Irak o de Afganistán? Robin Cook, ex Ministro de Relaciones Exteriores de Gran Bretaña, y que renunciara precisamente por oponerse a la complicidad del gobierno de Tony Blair con el pillaje perpetrado por George W. Bush y los suyos, escribió hace pocos días atrás que “conquistar Irak probablemente resultó fácil, pero gobernarlo como nación ocupada es un desafío mucho más difícil” (Cook, 2004). La lección que podemos extraer de los acontecimientos recientes es la siguiente: el formidable poderío de la maquinaria militar norteamericana permite a Estados Unidos arrasar un país. Sin embargo, como lo demuestran los casos de Afganistán e Irak, Washington se ha visto impotente a la hora de controlar a los países que devastara. Los norteamericanos no han podido reestablecer un orden, aunque sea un orden autoritario y despótico para que la sociedad vuelva a funcionar. En consecuencia, si bien la supremacía militar norteamericana aparece como incontrastable, queda en pie la pregunta siguiente: ¿cuándo se gana una guerra? Después de la famosa aparición pública de George W. Bush se han cosechado muchas más víctimas que antes. Es necesario entonces revisar con extremo cuidado qué es lo que significa ganar una guerra. La supremacía militar estadounidense puede ser muy importante, muy abrumadora, pero llega hasta un punto. Y el control territorial, la “normalización” de la sociedad derrotada, sigue siendo el verdadero test ácido que decide si una guerra fue ganada o no, verdad ésta que ha sido reconocida por todos los grandes teóricos de la guerra, desde Tsung-Tsu hasta von Clausewitz y Nguyen Giap, pasando naturalmente por Maquiavelo. Conviene también recordar, para atemperar los diagnósticos que se centran en el reduccionismo armamentístico, que Estados Unidos fue derrotado en Cuba, en Playa Girón, y que sufrió una derrota catastrófica y humillante en Vietnam. Para resumir: la supremacía militar del país del Norte es incuestionable, pero no es absoluta.

El terreno económico sería el segundo tablero donde se despliegan las relaciones imperialistas. Si en el primero la superioridad estadounidense es enorme, en éste Washington tiene un predominio indudable pero ya mucho más acotado. No solamente no puede imponer un cierto orden económico internacional a los países de la periferia sino que ni siquiera puede lograr un acuerdo serio y efectivo con sus propios aliados de la Unión Europea y Japón. Los sucesivos fracasos de las reuniones de la OMC y de las propuestas para firmar el ALCA son pruebas más que convincentes al respecto. En otras palabras: a treinta años de producida la crisis del sistema de Breton Woods –el “orden internacional” gestado al finalizar la Segunda Guerra Mundial– todavía hoy el imperialismo ha sido incapaz de construir un orden económico estable que lo reemplace, con capacidad para contener y resolver las crisis y contradicciones que se agitan en su interior. Naturalmente que tal privación no impidió a los imperialistas proseguir con sus políticas de pillaje y saqueo. Lo que sí quiere señalar, en cambio, es que dichas operaciones se realizan en un marco crecientemente inestable e imprevisible, y que aquellos deben cada vez más recurrir a la militarización de su dominio para que el sistema funcione. Todo esto, sin duda, conspira contra la estabilidad a largo plazo del sistema y la posibilidad de optimizar los resultados de sus inversiones y estrategias empresariales.

El terreno de la sociedad civil internacional sería el tercer tablero de ajedrez donde, según Nye,

el imperialismo juega su partida. Allí la situación de Estados Unidos es mucho más desfavorable tras la desarticulación de las alianzas estratégicas, los sistemas políticos y estatales y las orientaciones ideológicas que funcionaban desde finales de la segunda postguerra. La interminable sucesión de agravios y dislocaciones de todo tipo sufridas por los pueblos, sobre todo en la periferia, y las contradicciones suscitadas por la hegemonía del neoliberalismo, han tenido como resultado la constitución de un amplísimo abanico de movimientos sociales de una fuerza arrolladora y que se expresan en todo el mundo, desde Seattle hasta Porto Alegre, pasando por Génova, Gotenburgo, Tokio y París. En América Latina, y esto lo marcaba Perry Anderson en su intervención, es preciso reconocer la importancia excepcional que tuvo el zapatismo al efectuar aquella primera convocatoria, en el plano internacional, a luchar por la humanidad y contra el neoliberalismo. Esta exhortación adquiere carta de ciudadanía universal con la realización de los Foros Sociales Mundiales de Porto Alegre y, posteriormente, con la propagación de estas protestas a lo largo y a lo ancho del planeta. Este “movimiento de movimientos”, que abarca grandes masas de trabajadores, de jóvenes, de mujeres, de indígenas, de minorías de todo tipo, de sectores sociales anteriormente no incorporados en la dialéctica de la confrontación con el capitalismo, aparece ahora con una fuerza extraordinaria, relevando la debilidad creciente que demuestran las viejas organizaciones (especialmente partidos y sindicatos) que representaban, en una fase anterior del capitalismo, las demandas de los sectores oprimidos por el sistema. Y este cambio en la sociedad civil internacional ha sido tan importante que la hegemonía inconstrastada que el pensamiento neoliberal tenía hasta hace unos pocos años –y que permitía por ejemplo que los señores del dinero, como los llama el subcomandante Marcos, se reunieran en Davos, prácticamente gozando de una popularidad universal– ahora tengan que reunirse en lugares remotos e inaccesibles como si fueran una pandilla de malhechores para poder discutir sus planes de dominio universal. Y esto revela el cambio importantísimo registrado en la correlación mundial de fuerzas que, por primera vez desde mediados de los años setenta, da lugar a una contra-ofensiva anti-neoliberal y potencialmente anti-capitalista que coloca a las oligarquías financieras dominantes a la defensiva.

Creemos, en consecuencia, que teniendo en cuenta estos antecedentes –y otros más que sería preciso agregar a medida que se desarrolle la agenda de trabajo– sería posible avanzar hacia una caracterización más refinada y matizada de lo que es hoy la dominación imperialista, evitando el inmovilismo teórico y práctico de quienes aseguran que no hay nada nuevo bajo el sol y, por otra parte, el pesimismo al que conduce una consideración sumaria –y a nuestro juicio superficial por unilateral– del imperialismo a partir del predominio militar norteamericano.

Conclusión que es una invitación

No cabe duda, estamos viviendo un momento muy especial en la historia del imperialismo: el tránsito de una fase clásica a otra, cuyos contornos recién se están dibujando pero cuyas líneas generales ya se disciernen con claridad. Nada podría ser más equivocado que postular la existencia de un nebuloso “imperio sin imperialismo”. De ahí la necesidad de polemizar con estas tesis, dada la excepcional gravedad de la situación actual: un capitalismo cada vez más regresivo y reaccionario en lo social, lo económico, lo político y lo cultural, que criminaliza los movimientos sociales de protesta y militariza la política internacional a partir del primado absoluto de la fuerza. Ante una situación como ésta, decíamos, sólo un diagnóstico preciso sobre la estructura y el funcionamiento del sistema imperialista internacional permitirá a los movimientos sociales, partidos, sindicatos y organizaciones populares de todo tipo que luchan por su derrocamiento encarar las nuevas jornadas de lucha con alguna posibilidad de éxito. No hay lucha emancipatoria posible si no se dispone de una adecuada cartografía social del terreno donde habrán de librarse las batallas. De nada sirve proyectar con esmero los rasgos de una nueva sociedad si no se conoce, de manera realista, la fisonomía de la sociedad actual y la ruta por la cual habrá de transitarse en la construcción de ese mundo en el que quepan (casi) todos los mundos, parafraseando el dicho de los zapatistas. Todos los mundos de los oprimidos, agregaríamos, para no caer en un peligroso romanticismo. En ese nuevo mundo que es imprescindible comenzar a construir ahora mismo no habrá lugar para el mundo de los halcones militaristas; para la camarilla de los Bush, Blair, Aznar, Sharon y compañía; para los monopolios que convirtieron a la humanidad y la naturaleza en su presa; para los políticos y dirigentes sociales que acompañaron y/o consintieron el holocausto desencadenado por el

neoliberalismo. Un mundo poscapitalista y post-imperialista es posible, pero primero tenemos que cambiar el actual. Y esto no se logra obrando sobre ilusiones sino actuando sobre la base de un conocimiento realista y preciso del mundo que deseamos dejar atrás y del camino que tenemos que recorrer.

Permítasenos terminar diciendo que estas discusiones, estimuladas por ese noble afán de los científicos sociales y humanistas vinculados a la red de CLACSO por recuperar el pensamiento crítico, fueron facilitadas por un elemento muy importante: el contacto establecido entre el pensamiento crítico latinoamericano y la práctica de los movimientos sociales que luchan en contra del neoliberalismo, la globalización neoliberal y, en última instancia, en contra del capitalismo. Esta interacción ha tenido un efecto virtuoso para ambos lados: se ha enriquecido la producción de los científicos sociales, tornándola más aguda y penetrante. Y ha mejorado también la calidad de la dirigencia social. En la conferencia que reproducimos en este libro Perry Anderson decía que este continente era el único que había desarrollado, de una manera persistente y con una significativa densidad teórica, una notable producción intelectual contestataria y crítica del capitalismo. Creemos que este contacto entre científicos sociales y movimientos sociales marca un nuevo hito en el desarrollo de las ciencias sociales que en América Latina –como en el resto del mundo– eran actividades que se desarrollaban en los seguros pero estériles espacios de la academia. La esterilidad academicista fue un elemento fundamental en la determinación de la profunda crisis en que cayeron las ciencias sociales a partir de los años setenta, crisis de la cual todavía no se han recuperado. El tipo de enfoques y aproximaciones que hemos visto en esta Conferencia en La Habana ha demostrado ser mucho más rico. La imprescindible discusión teórica que caracteriza a las ciencias sociales se ha visto enormemente favorecida por la estrecha vinculación que se ha establecido en este continente, aún cuando de manera desigual, entre la práctica de los científicos sociales y la práctica de los movimientos sociales. Favorecer ese diálogo es una de las metas distintivas de CLACSO y de muchas otras instituciones nacionales de América Latina, y el éxito de esta iniciativa nos convoca a seguir en esta línea, profundizando en esta vinculación y sabiendo que de esa manera no sólo contribuimos a construir un mundo mejor, sino que al mismo tiempo, hacemos una ciencia social de mejor calidad.

Esto es, a muy grandes rasgos, un breve resumen de los temas que se han discutido en esta semana. Dicho lo cual ahora quisiera invitar al presidente Fidel Castro Ruz a que tuviera la amabilidad de pronunciar las palabras de clausura de esta conferencia. Muchas gracias.

Bibliografía

Anderson, Perry 2003 (1999) “Neoliberalismo: un balance provisorio”, en Sader, Emir y Pablo Gentili (compiladores) La trama del neoliberalismo. Mercado, crisis y exclusión social (Buenos Aires: CLACSO).

Boron, Atilio A. 2002 Imperio & Imperialismo. Una lectura crítica de Michael Hardt y Antonio Negri (Buenos Aires: CLACSO) Edición cubana en la Revista Casa de las Américas, abril-junio de 2002, N° 227.

Boron, Atilio A. 2000 Tras el Búho de Minerva. Mercado contra democracia en el capitalismo de fin de siglo (Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica).

Boron, Atilio A., Julio César Gambina y Naún Minsburg 2004 (1999) Tiempos Violentos. Neoliberalismo, globalización y desigualdad en América Latina (Buenos Aires: CLACSO-EUDEBA).

Ceceña, Ana Esther y Emir Sader (compiladores) 2002 La guerra infinita. Hegemonía y terror mundial (Buenos Aires: CLACSO).

Cook, Robin 2004 “Bush no tiene su calendario”, en Página/12 (Buenos Aires) 10 de Abril.

Hardt, Michael y Antonio Negri 2000 Empire (Cambridge, Mass: Harvard University Press). Traducción al español bajo el título de Imperio (Buenos Aires: Editorial Paidós, 2002).

Hinkelammert, Franz 2002 El retorno del sujeto reprimido (Bogotá: Universidad Nacional de Colombia).

Lander, Edgardo (compilador) 2000 La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas (Buenos Aires. CLACSO).

Meiksins Wood, Ellen 2003 Empire of Capital (London and New York: Verso).
Nye, Joseph S. Jr. 2003 "U.S. Power and Strategy After Iraq", en Foreign Affairs (Nueva York) Julio-Agosto

Panitch, Leo y Sam Gindin 2003 "El capitalismo global y el imperio norteamericano", en Temas (La Habana) Nº 33/34, Abril-Septiembre, 28-42.

Patnaik, Prabhat 1990 "Whatever happened to imperialism?", en Monthly Review (New York) Vol. 42, Nº 6, Noviembre, 1-6.

Sastre, Alfonso 2003 La batalla de los intelectuales. Nuevo discurso de las armas y las letras (La Habana: Editorial de Ciencias Sociales).

Notas

*Relatoría presentada en la sesión de clausura de la III Conferencia Latinoamericana y Caribeña de Ciencias Sociales.

**Secretario Ejecutivo del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO) y Profesor Titular Regular de Teoría Política y Social en la Universidad de Buenos Aires (UBA).

1 Hemos examinado este tema en Tiempos Violentos. Neoliberalismo, globalización y desigualdad en América Latina, 2004 (1999), donde se presenta una detallada bibliografía sobre la materia.

2 Las tesis de Hardt y Negri han sido sometidas a durísimas críticas desde el momento en que las mismas fueron plasmadas en Imperio. Daniel Bensaid, Alex Callinicos, Néstor Kohan, Ellen Meiksins Wood, Leo Panitch y quien suscribe este artículo han discutido esta obra en detalle desde diferentes perspectivas.

3 Sobre los estragos que el "buen pensar" ha causado en nuestro tiempo, y especialmente entre las izquierdas, consultar el magnífico ensayo del escritor y dramaturgo español Alfonso Sastre (2003).

4 En esta sección nos basamos extensamente en nuestro Imperio & Imperialismo (2002).

5 Recomendamos de Ana Esther Ceceña su compilación junto a Emir Sader (2002).

6 Tema éste que desmiente rotundamente la premisa neoliberal de que el mercado es "la otra cara" de la democracia. Para un examen de esta falacia ver Boron (2000).

7 No es un dato menor la inexistencia en América Latina y el Caribe de centros de estudios o programas de investigación destinados exclusivamente a analizar la problemática de Estados Unidos en sus más distintas facetas. Lo poco que hay se encuentra en Cuba, sobre todo en el marco del Centro de Estudios de América (CEA). México tenía un par de institutos dedicados al tema pero fueron premeditadamente desmantelados durante la oleada neoliberal desatada por Salinas de Gortari y, sobre todo, con la entrada al Tratado de Libre Comercio. Ya no hacía falta estudiar a Estados Unidos, algo que por cierto provocaba disgustos y recelos en los círculos gobernantes al norte del Río Bravo. ¡Mientras tanto, en Estados Unidos los centros, institutos y programas dedicados al estudio de México y la relación mexicana-estadounidense forman más de un centenar! Brasil tampoco tiene, a la fecha, un centro de estudios dedicado a Estados Unidos, si bien hay un intento en marcha en la Universidad Federal Fluminense (UFF). En el

resto de los países de la región no hay siquiera intentos. La Argentina menemista que exaltaba las “relaciones carnales” con los Estados Unidos no tenía por qué ocuparse del tema, y lo mismo pasa con los demás gobiernos de la región. Una muestra clarísima, estruendosa, de que la otra cara del imperialismo es la colonialidad del saber y del poder, y la persistencia de una tradición de sumisión que se ha hecho carne en nuestros países. Ni siquiera tenemos la osadía de pretender estudiar a quienes, como dijera en su momento Simón Bolívar, “parecen destinados por la Providencia a plagar a las Américas de miserias en nombre de la libertad”. Sobre la colonialidad del saber y el poder, ver la excelente compilación de Edgardo Lander (2000).